

QUÉDATE EN CASA, ¿CÓMO?

Fernando Kuhn cmf.

Si hay un signo universal en su extensión en este momento es la consigna “Quédate en casa”. Está traducida en todos los idiomas y representada por un logo común que atraviesa los continentes. También cada uno/a de nosotros/as y nuestras comunidades nos hemos quedado en casa. Sobre la casa me quisiera detener a partir de un texto muy conocido pero visto desde un ángulo quizás no tan abordado. A partir de los espacios los invito a reflexionar en torno a Lc 15, 11- 32. No pretendemos profundizar en todas las aristas del relato sino de quedarnos en el juego de espacios y vínculos que allí se da.

Evidentemente, el centro espacial es la casa del padre. En el itinerario de vida del hijo menor la casa es el lugar desde donde él parte y se aleja rumbo a un país lejano y extraño. El movimiento de alejamiento y retorno es la expresión exterior de lo que ocurre en el personaje mismo en relación con la casa del padre. Se aleja hasta perderse y regresa para reencontrarse con su padre. Al final la casa se convierte en lugar de fiesta como símbolo del encuentro: el hijo perdido ha retornado a la casa.

También en el ciclo del hijo mayor hay un movimiento de alejamiento y retorno, pero en la cercanía de la casa. El hijo sale de ella para ir a trabajar al campo. Cuando regresa, no lo hace desde un país lejano sino desde un lugar cercano, pero decide no entrar a la casa donde se celebra la fiesta. En un primer momento se autoexcluye y se queda afuera marcando la distancia que siente hacia la casa donde se encuentra su hermano menor y su padre. El relato concluye dejándolo afuera, pero sin negar la posibilidad de que entre.

El padre es el dueño de casa, allí tiene su morada. En dos ocasiones abandona la casa. La primera es cuando sale corriendo el encuentro del hijo menor para hacerle ver que lo acepta sin condiciones. La segunda ocasión es cuando sale para convencer al hijo mayor para que entre a la casa y se una a los festejos.

La casa misma se convierte en el lugar de la relación; pero no se trata de la relación como una realidad dada de una vez para siempre. La relación puede ser rota, como lo hace el hijo menor cuando se va; la relación puede ser vivida en forma diferente por las personas involucradas, como sucede entre el hijo mayor y el padre.

Lo cierto es que la casa es el lugar de la relación renovada, que merece ser festejada y también el lugar en donde se descubre la verdad de una relación. Si el hijo mayor entrara a la fiesta querría decir que ha reconocido la justicia del padre como la justicia del amor gratuito que no debe ser sometida a cálculos de méritos y recompensa, sino que deber ser aceptada con alegría.

El padre es el símbolo de un poder que crea siempre una relación, o por lo menos, la ofrece; que permite vivir y proyecta un futuro. Su casa es el signo de que las personas, en este caso, sus hijos, tienen una “morada” en el mundo y que nunca tiene la última palabra el desamparo y el abandono. Los hijos siempre tienen las puertas abiertas, para irse y hacer lo suyo y luego para regresar y ser acogido; para retornar del trabajo y entrar a la fiesta si se vence el orgullo y la resistencia.

El final abierto deja al lector en la incertidumbre sobre la resolución del conflicto y sobre la conclusión de la historia. La escena final se convierte en invitación a entrar en el juego y dejar de ser meros espectadores. Entremos a esta casa, entendiendo al hijo menor en su búsqueda de libertad, tal vez mal encausada; entendiendo al padre en su espera y en su bondad sin límites; entendiendo al hijo mayor en su enojo caprichoso.

Y ahora, en nuestras casas ¿cómo van los vínculos? La excesiva convivencia ha mostrado los personajes que nos habitan. El hijo menor que está en nosotros queriendo autonomía y muchas veces pudiendo refugiarse en actividades y realizaciones, en búsqueda de satisfacciones y compensaciones. Ahora encerrado, también puede despilfarrar dones y malgastarlos hasta hundirse aún en la más torpe de las adicciones.

El hijo mayor está cuando juzgamos, cuando anteponemos el mérito y la fidelidad entendida como cumplimiento que no contempla las fragilidades e incoherencias que también nos atraviesan. Aún así, tiene un corazón que pueda abrirse, sólo necesita comprender, mirando desde el ángulo que le señala su padre.

Pero podemos ser iconos del Padre:

- * cuando nuestra casa se hace morada, para acoger y hacer fiesta,
- * cuando nos disponemos para abrazar de manera sanadora,
- * cuando la escucha posibilita dialogar con franqueza y cariño,
- * cuando somos capaces de salir y las puertas no son de clausura,
- * cuando oteamos el horizonte viendo regresos y en la oscuridad de la noche abrimos el diálogo superador.

Si nos quedamos en casa, a ¿qué más nos invita esta morada habitada por el Padre?

===